

J A I L L A 9 7 0 Q U I T O

**Jornadas
Andinas de
Literatura
Latinoamericana**

Memorias 2



**UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR**
Ecuador

4 - 8 DE AGOSTO DE 1997

Sino también por su superioridad moral, que lo lleva a conmoverse por el niño blanco, al que no entiende por su falta de creencia:

El viejo, confusamente compadecía al niño por creerlo un ser mutilado, remiso a la alianza profunda con la tierra y la piedra, con las fuentes oscuras de la vida. Le parecía fuera de la existencia, tal un árbol sin raíces o absurdo como un árbol que viviera con las raíces en el aire. Ser blanco, después de todo, resultaba hasta cierto punto triste. [1978, 30]

Ya en camino hacia la superación del conflicto, el niño atenúa su tendencia contestataria, expresada —algunas veces— en estilo directo, en palabras que delatan el ideologema del positivismo en el texto y el narrador se limita a mostrarnos la transformación interior del personaje:

El muchacho, por su parte, hubiera querido fulminar la creencia del viejo, pero encontró que la palabra ignorante no tenía mucho significado, que en último término carecía de alguno, frente a la fe. Era evidente que el viejo tenía su propia explicación de las cosas o que, si no la tenía, le daba lo mismo. Incapaz de ir más allá de estas consideraciones, las aceptó como hechos que quizá se explicarían más tarde. [*Ibidem*]

En el desenlace, el niño que se había negado a recoger una piedra para colocarla delante de la Cruz del Alto, finalmente la toma y avanza a hacer la ofrenda.

Vemos cómo el universo sociolectal andino se impone en ambos textos, más allá de los episodios biográficos y de las opciones ideológicas de los escritores: Dávalos vivió apaciblemente con la ayuda económica de unos tíos, los Patrón Costa, dueños del ingenio azucarero más grande de la provincia de Salta, mientras que Alegría sufrió cárcel, torturas, exilio y penurias económicas sólo por su adhesión al APRA.

Si habitualmente la inscripción de la transformación cognoscitiva propia del acto de comparación nos lleva a realizar disyunciones y conjunciones en relación a los objetos de investigación comparatística, podemos decir que —al menos en esta primera parte— hemos dejado disjuntos a *Don Segundo Sombra* y a «El viento blanco» (salvo las coincidencias a nivel discursivo por la similar caracterización de la figura protagónica, la similitud de sus actores), mientras que hemos conjuntado a este último con «La ofrenda de piedra», en un nivel más profundo: el de las axiologías.

Operaciones similares van a realizarse en esta segunda parte del trabajo. En realidad se marcará una disyunción entre los dos últimos textos nombrados y las novelas *Trenes del sur* de Carlos Hugo Aparicio y *Los ríos profundos* de José María Arguedas. Se entablará conjunción entre ambas.

Quizá la disyunción entre los cuentos y las novelas no sea tan epocal como estética ya que «La ofrenda de piedra» que de hecho ya distaba 30 años de «El viento blanco» es casi contemporánea a *Los ríos profundos*, publicada en 1958. *Trenes del sur*, escrita en el '68 pero publicada a fines de los '80, se distancia temporalmente de

este último texto, fundamentalmente por la fecha de su publicación.

Tal vez una afirmación de Vargas Llosa, en la que se refiere a Ciro Alegría pero que es aplicable a los textos de los tres autores considerados hasta ahora, nos permita empezar a puntualizar la nombrada disyunción estética: «Sería inútil negar que en nuestros días ya no se pueden compartir las convicciones literarias que él tuvo, que los métodos y procedimientos que él empleó para apresar la realidad y proyectarla en ficciones resultan ahora limitados.» [1972, 204]

En la disyunción que intentamos marcar, dada por la modificación de los modos de construcción de ficciones, es ciertamente central la cuestión de los narradores. En los cuentos analizados, éstos fueron caracterizados como omniscientes porque eran capaces de anticipar sucesos o de adentrarse en la interioridad de los personajes. Las historias contadas por este tipo de narrador fueron estudiadas por Gérard Genette, quien las consideró desde el concepto de focalización y las inscribió como «relatos no focalizados», designándolas también con el nombre de «focalización cero», ya que si la «externa» está en textos que evitan absolutamente la introspección, en la «interna» los textos se construyen desde la conciencia de los personajes. Las novelas que analizaremos a continuación pertenecen a este último tipo. Así, *Los ríos profundos*, está narrada en primera persona desde la mirada de Ernesto, el adolescente blanco que ve los sucesos y da cuenta de los otros personajes. Elaborada también desde una focalización interna que en este caso es múltiple (los hechos son vistos desde el niño, Lalo, y desde su padre), *Trenes del Sur* alterna la tercera (visión del niño narrada por otro, toda la primera parte) y la primera persona (visión del niño narrada por él mismo, toda la segunda parte y visión del padre narrada por el mismo, un capítulo de la primera).

Otras disyunciones podríamos plantear como el paso del indigenismo («La ofrenda de piedra») al neoindigenismo (*Los ríos profundos*), marcado ya por la crítica; pero —al no ser esta distinción el objeto de nuestro trabajo— vayamos a la conjunción entre las dos novelas.

Muchas son las coincidencias que podríamos marcar entre ellas. En primer lugar, hay una escritura similar ya que en ambas la prosa está permanentemente interrumpida por versos que, al ser leídos, reconocemos que son tangos y poemas en la novela argentina y huaynos, en la peruana. En segundo lugar, los jóvenes protagonistas (un adolescente y un niño) desde cuyo punto de vista están narrados los relatos, como ya dijimos, se van armando con similares características. Son soñadores, introvertidos, sentimentales y tienen tendencia a conversar con los objetos. Asediados por la timidez, la soledad y la tristeza (asumen aún los dolores ajenos), resultan poco comprensibles para quienes los rodean. Se amparan en sus juguetes, en la música o en la naturaleza. Estos dos últimos refugios, unidos a una tendencia a enamorarse de mujeres angelicales, rubias y de ojos celestes, a quienes escriben cartas de amor (en ellos se perfila además la vocación de escritor), hacen pensar en resabios del romanticismo en ambos textos.⁴ Padecen los mecanismos de control de una sociedad provinciana terriblemente

- Cueva, Agustín, *Lecturas y Rupturas*, Quito, Ediciones Letra Viva - Planeta, 1986.
- Hammett, Dashiell, *El halcón maltés*, Madrid, Alianza Editorial, 1970.
- Lain, Pedro, *Ensayos sobre la novela policiaca*, Madrid, Epesa, 1948.
- Páez, Santiago, *La Reina Mora*, Quito, Editorial Eskeletra, 1997.
- Sábato, Ernesto, *El escritor y sus fantasmas*, Buenos Aires, Editorial Aguilar, 1963.
- Valverde, José María y Martín de Riquer, «Jungla, Irlanda, intriga, ciencia-ficción, fantasía estetizante», *Historia de la Literatura Universal*, volumen 8, Barcelona, Editorial Planeta, 1986.
- Vera, Pedro Jorge, *El Destino*, Quito, Editorial El Conejo, 1984.
- Zvetan Teodorov, *Análisis Estructural del relato*, Madrid, Editorial. Tiempo Contemporáneo, 1965.

LA ELECCIÓN DE LO ANDINO FRENTE A LA HEGEMONÍA PORTEÑA EN DOS TEXTOS DEL NOROESTE ARGENTINO: «EL VIENTO BLANCO» Y *TRENES DEL SUR*

Elisa Moyano*

Centrada en dos textos producidos en el noroeste argentino, «El viento blanco» de Juan Carlos Dávalos y *Trenes del sur* de Carlos Hugo Aparicio, la frase que sirve de título a este trabajo tiene entre sus supuestos la existencia de tres sistemas literarios bien diferenciados: el andino con su universo sociolectal propio, el argentino hegemónico que por haber sido construido desde el puerto de Buenos Aires llamamos porteño y el que, producido en el noroeste argentino en disidencia con este último, construye textos que adhieren a los semantismos del primero y que incluiría los dos citados.

La conjetura inicial de la existencia de sólo dos y no de tres sistemas fue desechada porque algo de la hegemonía porteña se filtra y los analizados resultan textos heterogéneos, que si en la superficie se sujetan a lo argentino, en la semántica profunda penetran en lo andino.

Diremos para comenzar que la nuestra será una actividad comparatística de estos universos sociolectales, los que son nada más que concreciones sociales de universos semánticos, sistemas de valores que no pueden ser aprehendidos como significantes sino merced a articulaciones diferenciadoras, por lo que vamos a postular, a manera de hipótesis, la existencia de estructuras axiológicas elementales que permitan emprender la descripción.

Si a nivel profundo éstas juegan con la oposición *naturaleza/cultura*, en el nivel superficial se encontraría la dicotomía *barbarie/civilización* al menos para el univer-

NOTAS

1. Pedro Jorge Vera, *El destino*, Edit. El Conejo, 1984, p. 36.
2. *Ibid.*, p. 36.
3. Pedro Jorge Vera, obra citada, p. 40.
4. *Ibid.*, p. 85.
5. Andrés Amorós, «Introducción a la novela contemporánea», Ediciones Cátedra, S.A., Madrid 1976, p. 126.
6. Santiago Páez, «La Reina Mora», Edit. Eskeletra, 1997, pp. 19-20.
7. Santiago Páez, obra citada, p. 30.
8. Santiago Páez, obra citada, p. 60.
9. Andrés Amorós, obra citada, p. 126.

so sociolectal hispanoamericano. En las especializaciones que están ya a nivel discursivo, encontramos para el discurso andino la contraposición *sierra/costa* y, para el argentino, la división *interior/metrópolis*. En la actorialización aparecen las antítesis *indio/blanco* (para el discurso literario andino), *indio/gaucha* (para el argentino). Solamente las oposiciones actoriales serán rastreada en este trabajo, tanto en los textos nombrados como en algunos producidos desde las formaciones rioplatense y andina, a fin de realizar contraposiciones o paralelismos.

A partir de estas disquisiciones vamos a centrarnos en el discurso literario argentino hegemónico. Sabemos que su eje son los poetas gauchescos. En ese lugar axial se encuentran ubicados —al menos— en la primera Historia de la Literatura Argentina, la de Ricardo Rojas, quien en la década de 1910, en Buenos Aires, recopiló y armó una tradición con la que pudiéramos sentirnos identificados los argentinos. Alrededor de ese centro giran como satélites los coloniales, los proscriptos y los modernos. Aunque en el tomo dedicado a los gauchescos Rojas remite a las lenguas y a las «literaturas» aborígenes (yaravíes, huaynos), lo hace sólo para mostrar cómo esa vertiente, unida a la hispánica (coplas, romances) formó lo estrictamente argentino: el canto de los payadores, del que deriva —según él— la gauchesca.¹ Aquella no es reconocida como una vertiente heterogénea. En un segundo movimiento identifica al poema cuspide de esta literatura, el *Martín Fierro* de José Hernández, con las epopeyas, conjunción a través de la cual se quita

* Universidad Nacional de Salta, Argentina.

del gaucho toda huella de barbarie y se lo eleva a la categoría de héroe.

A través de este acto fundador de una tradición, llega al centro un discurso que había sido marginal durante el siglo XIX, ya que se había encontrado en discrepancia estética con las líneas europeizantes, por entonces hegemónicas. Los textos comienzan a ser leídos por los que hasta muy poco tiempo antes los despreciaban. Un ciclo de conferencias que sobre *Martín Fierro* diera Leopoldo Lugones había preparado el terreno para el masivo reconocimiento. Superado así el tiempo en que era un discurso marginal, la producción posterior lo reescribe permanentemente. Hablamos de la narrativa y el drama rural,² que como aquél se sitúan en el campo, y hasta de los orilleros borgeanos, cuyas hazañas ocurren en el arrabal de la gran ciudad, límite entre ésta y la pampa, y que son claros descendientes del ciclo.

En relación a la pareja gaucho/indio diremos que, con la sola excepción de los *Cielitos Patrióticos* de Bartolomé Hidalgo, descendientes —tal vez— de la idealización neoclásica del indio presente en el *Siripo* de Lavardén y en el *Himno Nacional Argentino*, la gauchesca y sus herederos constituyen una literatura absolutamente antiindigenista, curiosamente en el siglo en que el indio ocupaba un lugar protagónico en la narrativa del resto de Hispanoamérica.³

Publicado en 1926, muy poco tiempo antes de la muerte de su autor, el escritor Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra* cambia el signo de la narrativa rural en la que los protagonistas fueron gauchos desertores y cuchilleros, perseguidos normalmente por la justicia, con la construcción de un héroe-paradigma de las virtudes campestres.

El fue quien me guió pacientemente hacia todos los conocimientos de hombre de pampa. El me enseñó los saberes del resero, las artimañas del domador, el manejo del lazo y las boleadoras, la difícil ciencia de domar un caballo[...] También por él supe de la vida, la resistencia y la entereza en la lucha, el fatalismo de aceptar sin rezongos lo sucedido, la fuerza moral ante las aventuras sentimentales, la desconfianza para con las mujeres y la bebida, la prudencia entre los forasteros, la fe en los amigos. [1966, 63]

Pero no se modifica la visión del indio, simplemente se lo ignora.

En 1921, pocos años antes de la aparición de este libro, Güiraldes y su esposa, Adelina del Carril, habían visitado Salta y trabado amistad con Juan Carlos Dávalos. Juntos realizaron cabalgatas por los cerros salteños y comentaron sus proyectos literarios. *Don Segundo Sombra* estaba ya en ejecución. Muy poco tiempo después de estas correrías, en 1922, ve la luz «El viento blanco» que narra —como algunos segmentos de la novela de Güiraldes— un arreo. Sólo que, en este caso, la tropa es guiada hacia Chile y su desenlace es fatal: los toros y un peón perecen bajo el «sudario» que deja el viento blanco. Antenor Sánchez, su protagonista, es curiosamente un gaucho lleno de virtudes. En esta aparición del gaucho como figura protagónica y en la coincidencia de que

sea simultáneamente gaucho y respetable, encontramos la huella de lo porteño.

Antenor Sánchez hacía querer de sus peones porque, siendo superior a ellos, los trataba de igual a igual, con afecto de amigo. Lo respetaban porque era más hombre que todos ellos, y lo admiraban porque era capaz de acciones bellas y generosas. Toda su persona respiraba franqueza; sus grandes ojos negros respiraban perspicacia y lealtad. Era hidalgo de raza y gaucho por educación y por temperamento.

Sin perder las cualidades de su casta, había asimilado todas las aptitudes físicas y espirituales del nativo. Y era sobrio como un indio, aguerrido como un indio, conocedor como un indio de las cosas del campo. [1977, 16]

Este párrafo comienza a mostrar la distancia entre los dos textos. Si en la dicotomía *gaucho/indio* de la formación rioplatense, este último es un polo desvalorizado o ignorado; el texto de Dávalos tiene la capacidad de invertir el signo: en la montaña el señor es el indio. El desenlace fatal —equivalente al de otros textos de la época, la llamada novela de la tierra— no hubiera sobrevenido si Antenor hubiese escuchado a Anastasio Cruz, un indio que lo ayudaba en el arreo.

— ¿No le parece mejor que se volvamos? Hay tiempo! Catua está cerca...

El indio tenía malos presentimientos, porque la noche anterior, al salir de Catua, un zorro se le cruzó por delante, de derecha a izquierda.

— Yo tengo contrato y no me vuelvo —contestó Antenor...

Anastasio bajó la cabeza resignado. Picó la mula y fue a ocupar su puesto junto a la tropa. [1977, 20]

Ante la consumación de los hechos, el narrador omnisciente que ha conectado también al lector con lo que ocurre en la mente de los protagonistas, dice:

Sánchez conocía quizá mejor que el indio la cordillera. Habíala cruzado muchas veces, incluso en invierno, pero a decir verdad, con su optimismo de hombre blanco, nunca la había creído tan brava. Ahora reconocía, aunque tarde, la impecable hostilidad de aquella naturaleza con quien él se había familiarizado hasta perder todo recelo. [1977, 22]

Aunque publicada muchos años después, en 1951, «La ofrenda de piedra» de Ciro Alegría muestra idéntica valoración del indio que «El viento blanco». Se construye también un viaje del valle a la montaña. En este caso, el indio no es arriero sino guía. Los protagonistas son un niño-blanco-hijo de hacendados y un viejo-indio-servidor suyo. En este texto el conflicto entre ambos protagonistas, entre la incredulidad de uno y las creencias del otro, se resuelve favorablemente gracias a la intervención de este último, no solamente por su superioridad física en el ámbito andino: «— Tiene que curtirse como yo, niño... En la altura es güeno ser indio... La puna tendrá que hacerlo un poco indio». [1978, 26]

reprimida y castigadora: la escuela y la iglesia como generadoras de culpas que sirven después como formas de autorrepresión. La pasión por los ríos, en un caso, y por los trenes, en otro, usada como *leit motif* en ambas novelas, y que sirve como parte del título de las mismas, es idéntica pasión por lo que brilla y por lo que se mueve; pero al evocar unos a la naturaleza y otros a la cultura (a la tecnología), pueden servirnos para comenzar a marcar algunas distancias.

Los juguetes son distintos. La cometa de Lalo no tiene el valor mágico del zambayllu de Ernesto. La enamorada del primero es la destinataria de su carta, mientras que es la de un amigo la receptora de la del segundo. La música que escuchan ambos es diferente: apasionan los tangos a aquél (en las letras transcritas estaría la huella de lo porteño), los huaynos a éste.

Si bien ambos asumen los dolores ajenos, Lalo se hace cargo del dolor de la familia por el desarraigo, mientras que Ernesto parece hacer suyo el de los desheredados de su tierra, los indios que va conociendo en las casas señoriales del Cuzco y en las haciendas que visita en su «migrar» (Cornejo Polar, 1995) permanente.

Y de las sutiles diferencias nombradas vamos llegando a una que tiene que ver con la valoración del indígena, en relación a la cual no hay disyunción sino conjunción con los cuentos analizados. Si bien ambos narradores dibujan desde la mirada del adolescente o del niño a la mujer ángel plasmada por Occidente como la amada ideal,

Y con ella, recordando su imagen, me figuraba otras niñas más jóvenes; alguna que acaso pudiera adivinar y tomar para sí mis sueños, la memoria de mis viajes, de los ríos y montañas que había visto[...] Debía ser delgada y pequeña, de ojos azules, y de trenzas [Arguedas, 1974: 68]

Tiene de compañera de banco a la Luva, rubia, de ojos verdes a veces, o celestes otras; hace tiempo que es su novia, aunque ella apenas le hable para prestarse el compás o una hoja de cuaderno [Aparicio, 1988: 17]

se distinguen en la valoración que realizan del aborigen al comenzar la novela. Ernesto, a pesar de ser blanco, y quizá por haberse criado entre indios en su aldea nativa, se compadece del *pongo* que sirve en la casa de su avaro tío en el Cuzco.

El pongo esperaba en la puerta. Se quitó la montera, y así descubierto, nos siguió hasta el tercer patio. Venía sin hacer ruido, con los cabellos revueltos, levantados. Le hablé en quechua. Me miró extrañado.

— ¿No sabe hablar? —le pregunté a mi padre.

— No se atreve —me dijo— a pesar de que nos acompaña a la cocina.

— Tayta —le dije en quechua al indio— ¿Tú eres cuzqueño?

— Mánan —contestó—. De la hacienda.

Tenía un poncho raído, muy corto... Se inclinó como un gusano que pidiera ser aplastado... Abracé a mi padre... No pude contener el llanto. Lloré como al borde de un gran lago desconocido. [Arguedas, 1974: 18]

Lalo en cambio se conecta con la *chola* vendedora de uvas del mercado de su pueblo, pero confiesa el asco que le dan sus uñas duras y partidas y sus dientes manchados de coca.

[...] él va y se compra un racimo de uva en el Mercado. Lo vende una señora que ya lo conoce y por eso le da con yapa... su pollera de varios colores, sus dos trenzas largas sobre el pecho, alguna vez la manta negra con su guagua a la espalda; los ojos oscuros, la piel quemada, los pies ásperos curtidos, de uñas duras y partidas que le dan asco... Cuando, qué raro, sonrío sus dientes gastados y teñidos de verde por la coca, también le repugnan... [Aparicio, 1988: 23/24]

Asimismo se muestra muy deprimido cuando sus padres intentan llevarlo a la casa de sus tíos, en la banda, el pueblo boliviano de Villazón. Siente que lo suyo es lo argentino: su bandera, su amado pueblito de La Quiaca.

Que no lo lleven a la banda, que lo dejen, él quiere quedarse en su casa, en su La Quiaca, no importa que no haya tantas cosas finas ni ricas; que sepan que para él no hay nada como su patio, sus calles, su perro, su racimo de uva a la siesta, su luz ventosa, su cielo, el aire de su bandera en la punta del mástil, la Luva. [Ibidem: 48]

La marcada distancia en relación a la valoración de la gente nativa haría pensar que las novelas poseen universos sociolectales diferentes. Sin embargo, no es así. Ernesto permanece apegado hasta el final a lo que considera —más allá del color de su propia piel— su grupo de pertenencia; en este sentido el personaje no sufre modificación alguna.⁵ Lalo, en cambio, a partir del rechazo inicial, y a medida que se acerca el día de la partida de su núcleo familiar a Salta para que él continúe sus estudios, se transforma, llegando a la aceptación de las gentes que habitan su lugar natal. Opción por lo andino que lo lleva a valorar no sólo a la mujer de polleras que le vendía la uva, sino también a darse cuenta de la artificialidad de las fronteras.

Y allá al otro lado el pueblo de la banda con sus calles irregulares, y al fondo la Estación y la casa de sus queridos tíos. Con esa imagen humedecida en los ojos se dio vuelta y comenzó a regresar sintiendo sobre los hombros el peso de todo el cielo, el cielo azul que era uno solo sin límites ni fronteras. [Ibidem: 185]

¿Qué había sucedido en el sistema porteño en las décadas que transcurren entre la aparición de «El viento blanco» y la de esta novela que en el norte argentino adhiere al universo sociolectal andino? A partir de los años treinta, los regionalismos, los nativismos van poco a poco desapareciendo. En 1932, Jorge Luis Borges escribe un ensayo sobre «El escritor argentino y la tradición» [1974: 267] en el que realiza un análisis de *Don Segundo Sombra* tratando de demostrar que el texto debe más a la poesía francesa que a los poemas gauchescos, con lo que llega a postular que nuestra tradición está compuesta por los textos de la humanidad. En 1944, escribe su cuento «El fin» [1974: 519], en el que se atreve a dar muerte a Martín Fierro. El periplo de la gauchesca se ha

reprimida y castigadora: la escuela y la iglesia como generadoras de culpas que sirven después como formas de autorrepresión. La pasión por los ríos, en un caso, y por los trenes, en otro, usada como *leit motif* en ambas novelas, y que sirve como parte del título de las mismas, es idéntica pasión por lo que brilla y por lo que se mueve; pero al evocar unos a la naturaleza y otros a la cultura (a la tecnología), pueden servirnos para comenzar a marcar algunas distancias.

Los juguetes son distintos. La cometa de Lalo no tiene el valor mágico del zambayllu de Ernesto. La enamorada del primero es la destinataria de su carta, mientras que es la de un amigo la receptora de la del segundo. La música que escuchan ambos es diferente: apasionan los tangos a aquél (en las letras transcritas estaría la huella de lo porteño), los huaynos a éste.

Si bien ambos asumen los dolores ajenos, Lalo se hace cargo del dolor de la familia por el desarraigo, mientras que Ernesto parece hacer suyo el de los desheredados de su tierra, los indios que va conociendo en las casas señoriales del Cuzco y en las haciendas que visita en su «migrar» (Cornejo Polar, 1995) permanente.

Y de las sutiles diferencias nombradas vamos llegando a una que tiene que ver con la valoración del indígena, en relación a la cual no hay disyunción sino conjunción con los cuentos analizados. Si bien ambos narradores dibujan desde la mirada del adolescente o del niño a la mujer ángel plasmada por Occidente como la amada ideal,

Y con ella, recordando su imagen, me figuraba otras niñas más jóvenes; alguna que acaso pudiera adivinar y tomar para sí mis sueños, la memoria de mis viajes, de los ríos y montañas que había visto[...] Debía ser delgada y pequeña, de ojos azules, y de trenzas [Arguedas, 1974: 68]

Tiene de compañera de banco a la Luva, rubia, de ojos verdes a veces, o celestes otras; hace tiempo que es su novia, aunque ella apenas le hable para prestarse el compás o una hoja de cuaderno [Aparicio, 1988: 17]

se distinguen en la valoración que realizan del aborigen al comenzar la novela. Ernesto, a pesar de ser blanco, y quizá por haberse criado entre indios en su aldea nativa, se compadece del *pongo* que sirve en la casa de su avaro tío en el Cuzco.

El pongo esperaba en la puerta. Se quitó la montera, y así descubierto, nos siguió hasta el tercer patio. Venía sin hacer ruido, con los cabellos revueltos, levantados. Le hablé en quechua. Me miró extrañado.

— ¿No sabe hablar? —le pregunté a mi padre.

— No se atreve —me dijo— a pesar de que nos acompaña a la cocina.

— Tayta —le dije en quechua al indio— ¿Tú eres cuzqueño?

— Mánan —contestó—. De la hacienda.

Tenía un poncho raído, muy corto... Se inclinó como un gusano que pidiera ser aplastado... Abracé a mi padre... No pude contener el llanto. Lloré como al borde de un gran lago desconocido. [Arguedas, 1974: 18]

Lalo en cambio se conecta con la *chola* vendedora de uvas del mercado de su pueblo, pero confiesa el asco que le dan sus uñas duras y partidas y sus dientes manchados de coca.

[...] él va y se compra un racimo de uva en el Mercado. Lo vende una señora que ya lo conoce y por eso le da con yapa... su pollera de varios colores, sus dos trenzas largas sobre el pecho, alguna vez la manta negra con su guagua a la espalda; los ojos oscuros, la piel quemada, los pies ásperos curtidos, de uñas duras y partidas que le dan asco... Cuando, qué raro, sonrío sus dientes gastados y teñidos de verde por la coca, también le repugnan... [Aparicio, 1988: 23/24]

Asimismo se muestra muy deprimido cuando sus padres intentan llevarlo a la casa de sus tíos, en la banda, el pueblo boliviano de Villazón. Siente que lo suyo es lo argentino: su bandera, su amado pueblito de La Quiaca.

Que no lo lleven a la banda, que lo dejen, él quiere quedarse en su casa, en su La Quiaca, no importa que no haya tantas cosas finas ni ricas; que sepan que para él no hay nada como su patio, sus calles, su perro, su racimo de uva a la siesta, su luz ventosa, su cielo, el aire de su bandera en la punta del mástil, la Luva. [Ibidem: 48]

La marcada distancia en relación a la valoración de la gente nativa haría pensar que las novelas poseen universos sociolectales diferentes. Sin embargo, no es así. Ernesto permanece apegado hasta el final a lo que considera —más allá del color de su propia piel— su grupo de pertenencia; en este sentido el personaje no sufre modificación alguna.⁵ Lalo, en cambio, a partir del rechazo inicial, y a medida que se acerca el día de la partida de su núcleo familiar a Salta para que él continúe sus estudios, se transforma, llegando a la aceptación de las gentes que habitan su lugar natal. Opción por lo andino que lo lleva a valorar no sólo a la mujer de polleras que le vendía la uva, sino también a darse cuenta de la artificialidad de las fronteras.

Y allá al otro lado el pueblo de la banda con sus calles irregulares, y al fondo la Estación y la casa de sus queridos tíos. Con esa imagen humedecida en los ojos se dio vuelta y comenzó a regresar sintiendo sobre los hombros el peso de todo el cielo, el cielo azul que era uno solo sin límites ni fronteras. [Ibidem: 185]

¿Qué había sucedido en el sistema porteño en las décadas que transcurren entre la aparición de «El viento blanco» y la de esta novela que en el norte argentino adhiere al universo sociolectal andino? A partir de los años treinta, los regionalismos, los nativismos van poco a poco desapareciendo. En 1932, Jorge Luis Borges escribe un ensayo sobre «El escritor argentino y la tradición» [1974: 267] en el que realiza un análisis de *Don Segundo Sombra* tratando de demostrar que el texto debe más a la poesía francesa que a los poemas gauchescos, con lo que llega a postular que nuestra tradición está compuesta por los textos de la humanidad. En 1944, escribe su cuento «El fin» [1974: 519], en el que se atreve a dar muerte a Martín Fierro. El periplo de la gauchesca se ha

cumplido: de la marginalidad al centro y de la apoteosis al ocaso. Las décadas siguientes, en las que el propio Borges escribe todavía unos pocos cuentos cuyos protagonistas son orilleros o cautivos que han decidido no volver a la civilización,⁶ lo que implicaría una cierta inversión en la valoración del indio, son sin embargo las del apogeo y predominio de la narrativa fantástica que consolidan Bioy Casares en 1940 [1984]; Borges en 1941, 1944 y 1949 [1974: 427, 481, 533]; y Cortázar en 1951, y cuyo foco de irradiación es la ciudad de Buenos Aires.⁷ Es digna de recordarse la polémica que mantuvieron José María Arguedas y este último escritor en relación al arraigo/desarraigo en América para escribir. En los mismos años, por oposición, una literatura regionalista como *Copajira* [1984: 132] de Manuel J. Castilla, 1949, o *El terruño* [1973] de Daniel Ovejero, 1942, florece en las provincias, la que en su alta valoración de lo indígena sirve de puente entre la producción de Juan Carlos Dávalos y de Carlos Hugo Aparicio. Más allá, entre los sesenta y los setenta, la narrativa urbana que desenmascaró los vicios de las capas medias y altas y que venía abriéndose camino desde los años '20 con las novelas de Arlt, 1929 [1985] y Marechal, 1948 [1970], llega a su apogeo con Beatriz Guido, 1958 [1967], Sábato, 1961 [1972] y Viñas, 1968 [1968], entre muchos otros. Sólo en el NOA era posible la puesta al día del regionalismo de la que habla Angel Rama, por la natural vigencia de la axiología andina en esta región. Y *Trenes del sur* es una muestra de ello.

OBRAS CITADAS

- Alegría, Ciro, «La ofrenda de piedra», *La ofrenda de piedra*, Buenos Aires, Losada, 1978.
- Aparicio, Carlos Hugo, *Trenes del sur*, Buenos Aires, Legasa, 1988.
- Arguedas, José María, *Los ríos profundos*, Buenos Aires, Losada, 1974.
- Arlt, Roberto, *Los siete locos*, Buenos Aires, Losada, 1985.
- Bioy Casares, Adolfo, *La invención de Morel*, Buenos Aires, Emecé, 1984.
- Borello, Rodolfo, *Trayectoria de la poesía gauchesca*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1977.
- Borges, Jorge Luis, «La literatura gauchesca» y «El escritor argentino y la tradición», *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974.
- Borges, Jorge Luis, *Obras completas*, op. cit., 1974.
- Calabrese, Elisa, «Borges: genealogía y escritura» en Calabrese et al., *Supersticiones de Linaje. Genealogías y reescrituras*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1996.
- Castilla, Manuel, *Obras completas*, Buenos Aires, Corregidor, 1984.
- Cebrelli, Alejandra et al., *Nativismo y función Histórica. Canonización, olvido y recuperación de la escritura de Juan Carlos Dávalos* (inédito).
- Cornejo Polar, Antonio, *Los universos narrativos de José María Arguedas*, Buenos Aires, Losada, 1973.
- Cornejo Polar, Antonio, *Condición migrante e intertextualidad multicultural: el caso de Arguedas*, Lima, Revista de Crítica Literaria Latinoamericana, 1995.
- Cornejo Polar, Antonio, *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima, Ed. Horizonte, 1994.

- Cornejo Polar, Antonio, *Mestizaje, transculturación, heterogeneidad*, Tucumán, Documentos de trabajo de Jalla, 1995.
- Cortázar, Julio, *Bestiario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974.
- Dávalos, Juan Carlos, «El viento blanco», *Cuentos y relatos del Norte Argentino*, Buenos Aires, Austral, 1977.
- García Pinto, Roberto, «Semblanza y recuerdo de Juan Carlos Dávalos» en Dávalos, Juan Carlos *El sarcófago verde y otros cuentos*, Salta, Fundación Michel Torino, 1976.
- Genette, Gérard, *Discours du récit*, Paris, Seuil.
- Greimas, A. J., *En torno al sentido. Ensayos semióticos*, Madrid, Fragua, 1973.
- Greimas, A. J. y J. Courtés, *Semiótica I. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1990.
- Greimas, A. J. y J. Courtés, *Semiótica II. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1991.
- Guido, Beatriz, *Fin de Fiesta*, Buenos Aires, Losada, 1967.
- Güiraldes, Ricardo, *Don Segundo Sombra*, Buenos Aires, Losada, 1966.
- Gutiérrez, Eduardo, *Juan Moreira*, Buenos Aires, CEAL, 1980.
- Hernández, José, *Martín Fierro*, Buenos Aires, Losada, 1975.
- Hidalgo, Bartolomé, *Cielitos y diálogos patrióticos*, Buenos Aires, Huemul, 1963.
- Jitrik, Noé, «Don Segundo Sombra, Ricardo Güiraldes», *Escritores argentinos. Dependencia o libertad*, Buenos Aires: Ediciones del Candil, 1967.
- Kaliman, Ricardo, *La palabra que produce regiones. El concepto de región desde la teoría literaria*, Tucumán, U.N.T., 1994.
- Lienhard, Martín, *La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico-social en América Latina (1492-1988)*, La Habana, Casa de las Américas, 1990.
- Ludmer, Josefina, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988.
- Marechal, Leopoldo, *Adán Buenosayres*, Buenos Aires, Sudamericana, 1967.
- Mera, Juan León, *Cumandá o un drama entre salvajes*, Madrid, Espasa-Calpe, 1967.
- Montaldo, Graciela, *De pronto, el campo. Literatura argentina y tradición rural*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 1993.
- Moyano, Elisa, «Campo literario salteño. Pasado y Presente», ponencia presentada en el VII Congreso Nacional de Literatura Argentina, Chaco, 1995. Se trata de un capítulo del Trabajo de Investigación No. 422 del CIUNSA, «La escritura Salteña de los '80 como lugar de hibridación y entrecruzamiento discursivo».
- Ovejero, Daniel, *El terruño (vida jujeña)*, Salta, Fundación Michel Torino, 1973.
- Palermo, Zulma, «Sistema Literario Argentino: teorías y modelos», *Escritos al margen*, Buenos Aires, Marimar, 1987.
- Paoli, Roberto, «Música, memoria e imaginación en *Los ríos profundos*», *Estudios de Literatura peruana*, Firenze, Università degli Studi, 1985.
- Paoli, Roberto, «La descripción en Arguedas», *Revista Anthropos*, 1992.
- Poderti, Alicia, *La cultura popular en la escritura de Carlos Hugo Aparicio*, Salta, Fundación Banco del Noroeste, 1991.
- Rama, Ángel, *Los gauchipolíticos rioplatenses*, vol. 1, Buenos Aires, Biblioteca básica argentina, 1994.
- Rama, Ángel, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982.
- Rama, Ángel, «Los procesos de transculturación en la narrativa latinoamericana», *La novela en América Latina*, México, Fundación Ángel Rama. Universidad Veracruzana, 1986.

- Rivera Jorge, «Lo arquetípico en la narrativa argentina del 40» en VV.AA., *Nueva Novela Latinoamericana 2*, Buenos Aires, Paidós, 1972.
- Rojas, Ricardo, *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en El Plata*, 3a. edición, Buenos Aires, Kraft, 1957.
- Rovira, José Carlos, «José María Arguedas: indigenismo y mestizaje cultural como crisis contemporánea latinoamericana», *Revista Anthropos*, 1992.
- Sábato, Ernesto, *Sobre héroes y tumbas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1972.
- Sarlo, Beatriz, *Borges, un escritor de las orillas*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1995.
- Vargas Llosa, Mario, «Ciro Alegría según Mario Vargas Llosa» en Varona, Dora *Ciro Alegría. Trayectoria y mensaje*, Lima, Ediciones Varona, 1972.
- VV.AA., *Capítulo. Historia de la Literatura Argentina*, Bs. As., CEAL, 1968.
- Varona, Dora, *Ciro Alegría. Trayectoria y mensaje*, op. cit., 1972.
- Viñas, David, *Los hombres de a caballo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1968.

NOTAS

1. Borges niega absolutamente esta derivación en uno de los ensayos citados en las Obras Citadas.
2. Nos referimos a textos como *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez, que pasó de novela a pantomima y de ésta a teatro.
3. Hacemos referencia a novelas como *Cumandá* de Juan León Mera.
4. Roberto Paoli ha hablado del sentimiento romántico de la naturaleza en Arguedas. [1992: 44]
5. Permanentemente el protagonista va poniéndose a favor del indio. Recordemos su participación en la rebelión de las chicheras, cuyas chicherías había visitado habitualmente; sus polémicas incesantes con el Director del Colegio y con su discípulo Antero; su intento de visitar siempre a los colonos aún cuando —ya hacia el final— sabía de la peste que se ceñía sobre Abancay.
6. Nos referimos a los cuentos «El sur» (1944), «Historia del guerrero y la cautiva» (1949), «El cautivo» (1960), «La intrusa» (1970), entre otros. [1974: 525, 557, 788, 1025]
7. Jorge Rivera ha estudiado las implicancias ideológicas de esta opción por lo fantástico en la narrativa del '40. [1972]

O EL CACTUS/ÁGUILA O LA MUJER POETA

Susana Münnich*

A mi querida amiga Valeria Sarmiento.

La Otra

*Una en mi maté:
yo no la amaba*

*Era la flor llameando
del cactus de montaña;
era aridez y fuego;
nunca se refrescaba*

*Piedra y cielo tenía
a pies y a espaldas
y no bajaba nunca
a buscar «ojos de agua»*

*Donde hacía su siesta,
las hiedras se enroscaban
de aliento de su boca
y brasa de su cara.*

*En rápidas resinas
se endurecía su habla,
por no caer en linda
presa soltada.*

*Doblarse no sabía
la planta de montaña,
y al costado de ella,
yo me doblaba...*

*La dejé que muriese,
robándole mi entraña.
Se acabó como el águila
que no es alimentada.*

*Sosegó el aletazo,
se dobló, lacia,
y me cayó a la mano
su pavesa acabada...*

*Por ella todavía
me gimen sus hermanas,
y las gredas de fuego
al pasar me desgarran.*

*Cruzando yo les digo:
— Buscad por las quebrada
y haced con las arcillas
otra águila abrasada.
Si no podéis, entonces,
¡ay!, olvidadla.
Yo la maté. ¡Vosotras
también matadla.*

MARCO TEÓRICO DE NUESTRO ANÁLISIS

Desde hace algún tiempo he estado examinando textos de mujeres desde la perspectiva de la filosofía. Por filosofía me represento otra cosa que lo acostumbrado, una lectura interdisciplinaria, que aprovecha los resultados de diversas ciencias —historia, literatura, psicología, sociología— para investigar los modos de pensar, las valoraciones sociales y las representaciones que es posible encontrar en los diferentes géneros reflexivos y poéticos.

Pienso que la filosofía es hoy muchas cosas. Ya no es solamente el esfuerzo por aclarar los textos de los pensadores clásicos o cultivar los temas también clásicos que constituyeron el saber filosófico hasta hace unos cincuenta años. Está de más decir que esos caminos siguen abiertos y que tienen un lugar importante en la actividad filosófica académica. Pero ya no son los únicos. Desde Bergson hasta, digamos, Lyotard, pasando por Heidegger, Deleuze, Derrida, Foucault, nuevas líneas temáticas y metódicas se han hecho posibles. Es difícil caracterizar el pensamiento de estos filósofos. Si busca-

* Universidad de Chile.